

## 8. El fondo de la esperanza

Cuando Jesús fue crucificado, se desarrolló a su alrededor una escena que reproducía la elección originaria a la que está llamada la libertad, entre la pretensión de coger para sí el fruto del árbol de la vida y la de esperar que se le dé. Es la escena de los dos ladrones descrita por Lucas:

“Uno de los malhechores crucificados lo insultaba, diciendo: «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros». Pero el otro, respondiéndole e increpándolo, le decía: «¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha hecho nada malo». Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino». Jesús le dijo: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso»“ (Lc 23, 39-43).

El ladrón que insulta a Jesús es la figura del hombre que quiere acaparar para sí lo que Dios da sin medida. En el fondo, es como Lucifer que, ángel creado para ser transparente a la luz y al amor de Dios, queriendo ser la fuente de esta luz y de este amor, cae en las tinieblas de la envidia y del odio. El buen ladrón, en cambio, no quiere coger nada, no tiende la mano hacia el Fruto de la vida y de la verdadera sabiduría que cuelga maduro del árbol de la Cruz. Lo desea, tiene una necesidad vital de él, y suplica su don, sin imponer ni tiempo ni modo. Se confía totalmente al Rey del amor. Y en ese momento, Jesús, el Verbo eterno de Dios, es como si recordara cuando fue a buscar a Adán en el paraíso terrenal sin encontrar acogida. En el ladrón arrepentido, es como si Dios encontrara de nuevo a Adán, lo abrazara y lo llevara consigo al Paraíso.

Cuando confundimos esperanza con expectativas inmediatas, el verdadero problema no es el carácter limitado de éstas, porque a menudo se refieren a necesidades sencillamente necesarias para nuestra vida humana. Es justo y vital tener apetito y sed de los alimentos y bebidas que nos permiten vivir, y más aún desear los afectos y amistades que hacen humana nuestra existencia.

El problema es cuando las expectativas suplantán a la esperanza en Dios, cuando las expectativas inmediatas llenan todo el espacio del deseo del corazón, de nuestra necesidad, y entonces la esperanza ya no es necesaria. Pero esto significa que Dios ya no es necesario. Las expectativas pueden dirigirse a mí mismo, a los demás, en definitiva a nuestras propias fuerzas, a lo que ya tenemos o a lo que tienen los demás. La esperanza se dirige esencialmente a Dios, a lo que sólo Dios puede darnos. Y hemos visto en la escuela de San Benito, que es la escuela de la tradición bíblica y cristiana, que el ser humano está hecho para esperar de Dios dos cosas esenciales: la vida y la felicidad, o, si se quiere, la vida feliz, la vida eterna que es la única que nos asegura la felicidad eterna.

Pero ¿dónde, en qué condición, en qué experiencia, la esperanza se revela como absolutamente necesaria? Es importante ser conscientes de ello, porque así descubrimos hasta qué profundidad descende Cristo para salvar a la humanidad.

San Pablo escribe a los Efesios: “Decir *subió* supone que había bajado a lo profundo de la tierra; y el que bajó es el mismo que subió por encima de los cielos para llenar el universo” (Ef 4,9-10). Si Cristo no hubiera descendido, de poco nos serviría su ascensión, su ser la plenitud de todas las cosas. Pero es precisamente su descenso, su bajada, lo que le permite ser la plenitud de todas las cosas, incluso de la condición humana caída en el pecado y en la muerte que vino a resucitar.

¿Hasta dónde desciende Cristo para buscar al hombre? La fe profesada en el Credo nos enseña que descendió a los infiernos. Bajó a buscar a Adán, pero en Adán se nos invita a reconocer toda la condición humana después del pecado. Si no fuera así, el descenso de Cristo a los infiernos no nos preocuparía. Pero Cristo descendió a Adán, a nuestra condición humana, para buscarla no sólo allí donde se esconde, como Adán y Eva entre los arbustos del jardín, sino allí donde la humanidad, escondiéndose de Dios, se siente desesperadamente abandonada.

Para comprender la importancia y la profundidad de la esperanza cristiana, es necesario considerar con sinceridad nuestra experiencia de abandono. Porque a menudo pensamos que la esperanza en nosotros se da por supuesta, que es obvio y fácil tener esperanza. A menudo no queremos admitir que no tenemos esperanza, que ciertas situaciones personales y comunitarias no tienen esperanza. En el fondo es una actitud farisaica, refugiarse en afirmaciones voluntaristas de esperanza para no faltar a nuestras convicciones religiosas y morales. Como si para nosotros los cristianos, y especialmente para nosotros los religiosos, monjes y monjas, sacerdotes o laicos comprometidos, la esperanza fuera un deber profesional, incluido en nuestro “contrato de trabajo”. Un médico anciano al que pregunté cómo estaba de salud me respondía siempre: “¡Digo que estoy bien para no ofender a mi categoría!”

El problema es que a menudo las creencias que afirmamos ya no se basan en la experiencia, en la realidad, sino en sí mismas. Por eso, incluso al defenderlas, puesto que no hay nada que las fundamente, ellas mismas se convierten en un argumento por el que creer y actuar, por el que luchar, quizá hasta el fanatismo. El fanatismo es una lucha en la que ya no se lucha para defender o afirmar una realidad, la verdad de una realidad, sino para defender y afirmar las armas con las que se lucha por ella. Como las guerras actuales que se libran sólo para promover y defender el comercio y el uso de las armas. Se lucha por las armas mismas, se hace la guerra por la guerra.

Para reconocer que en realidad carecemos de esperanza, que en el fondo estamos desesperados, es necesario entonces aceptar que debemos desarmarnos, desarmarnos de nuestras falsas esperanzas, de las falsas promesas en las que confiamos y de las falsas creencias que afirmamos.